

Los exilios

Guillermo Fajardo

I

En cuanto llegamos me di cuenta de ciertas cosas puntuales: los rumores de los árboles se escuchan de manera diferente que aquellos de la ciudad, la velocidad del viento impacta en el cuerpo con fuerza monótona y los rugidos de los animales se sienten cercanos. Mi hija registra todo esto en un cuaderno que tomó a mitad de la noche, cuando escapamos. Unas sombras nos tomaron de los hombros —a ella la guiaron con delicadeza—, nos metieron a un coche destartalado y nos condujeron, con los ojos vendados, a este retiro necesario. Lo primero que admiré de esta feracidad ardiente —el sol diluye nuestra vista durante el día— fueron estas montañas que, en formación bélica, nos miran con una especie de sorna natural. Se amontonan entre ellas como si durmieran y permanecieran alertas en su silencio.

A mi hija nada de esto parece molestarla. Apenas habíamos llegado cuando comenzó a ordenar nuestro nuevo hogar. Me dio instrucciones precisas de cómo adecuar los muebles que nos habían proporcionado. Yo, por supuesto, no tenía mucha idea de estrategias caseras ni de acomodos domésticos. Mi cubículo universitario era la única parcela que administraba —es un decir— y lo hacía con creciente desidia. Unos días después de haber llegado, mi hija —sus ojos color agua invitan al hipnotismo— me preguntó por su madre. No supe qué decirle,

excepto inventarle un cuento en donde unos hombres se la habían llevado porque estaba enferma. Lo cierto es que ni siquiera yo sé dónde está. Al igual que a nosotros, a ella también se la llevaron por la noche, pero a un lugar distinto a éste. Fue ahí cuando la organización, intuyendo el peligro que vendría, nos sacó, a mi hija y a mí, en esa noche que se desdobra en mi memoria como un castigo irremediable. A ella intento distraerla con nimiedades: que cuente los árboles que puede ver enclavados, como estacas de algún gran ejército, en estas montañas; que registre el canto disímil de los pájaros o la variedad de sonidos con las que el agua juguetea.

No todo, por supuesto, es un regalo: un viento helado nos lleva a acercarnos el uno al otro. Ese mismo viento, que por las tardes nos acurruca, resulta incómodo y ensordecedor por las noches. Golpea con furia las puertas, tira las ramas de los árboles, en alguna ocasión llegó a romper una ventana. Mi hija se espanta ante estas demostraciones naturales. Me ha llegado a decir que un ogro, escondido detrás de las montañas, es el que sopla para que los animales salgan de sus escondites y así poder comérselos.

Llevábamos varios meses en los que apenas sucedía nada, cuando de repente comenzamos a escuchar aquellas *voces*: son de hombres casi siempre, aunque a veces me figuro que traen a una mujer que violan entre varios. Creo que a veces utilizan sus armas. Que dónde está la droga, que dónde está quien la trafica, que dónde se esconden los otros. A una de esas mujeres la hirieron apenas a unos metros de nuestro hogar, ahí en la tierra húmeda. A la mañana siguiente mi hija descubrió un par de dedos agarrotados. En estas ocasiones, yo me quedo agazapado en una esquina, mi hija se mantiene debajo de la cama. Así han transcurrido varios años.

Las voces no nos han encontrado, pues vivimos en un camino de difícil acceso, incluso para ellos que, se supone, conocen estas tierras con todo el poder del Estado. Cuando acaban de violar a la mujer o de torturar a los hombres lanzan sus metralhas al cielo y comienzan a aullarle a la luna. Escuché que se bañan en la sangre de sus víctimas. Son tácticas provenientes del imperio. Sus voces resuenan en la noche, ecos dorados, irremediables y amplificadas que recuerdan a algún grito de guerra desdoblado en el tiempo. Yo abrazo a mi niña y me aferro a un machete oxidado que perteneció a mi abuelo. Es de las pocas cosas que alcanzamos a agarrar cuando aquellas sombras nos condujeron a este lugar que antes, mencionaron, utilizaban como casa de seguridad. Me dijeron que aquí iba a estar bien durante un tiempo, que la compañía y Pablo —ahora extinto— se encargarían de mí, que por mi seguridad no llevara ningún arma. Nadie, sin embargo, me advirtió de las voces. Nadie me insinuó del terror natural de sentir las cerca. Me he dado cuenta de que desaparecen al llegar el invierno, pues es casi seguro que no aguantan el frío, el mapa traicionero, las brújulas que se desgastan, esta penumbra renovada.

Fue también en invierno cuando llegó el primero. Yo estaba destazando un conejo cuando un grito ahogado me llegó de la parte trasera de la casa, la que da al río. Agarré un cuchillo y fui al origen del grito. Era mi hija. La encontré arrodillada frente a un animal enorme que tenía la boca abierta, dejando entrever dos dientes carcomidos y escandalosos. Su piel, aceitosa, parecía la de un dinosaurio. Tenía que pesar más de una tonelada. Movía sus pies de enano y se dejaba acariciar fácilmente. Me quedé inmóvil. Durante unos segundos el viento convocó varias apariciones íntimas: movió con desparpajo la ropa, tocó con impunidad nuestro huerto y me llevó a confesar un reflejo metálico en mis ojos. Fue entonces cuando bajé el cuchillo y volví la vista a esa escena inverosímil: nunca había visto uno de cerca y, hasta donde sabía, podían ser peligrosos. Quizá no eran tan temibles como un cocodrilo, un león o un tigre, pero su forma de trompo horizontal, su condición prehistórica distanciada y su cola mundana de circo lo volvían un ser casi irreconocible para mis invocaciones cotidianas. Mi hija se apresuró a mi lado y me preguntó si podíamos quedarnos con él. La pregunta me pareció inverosímil. Le dije que de ninguna manera. Me miró con ceniza en los ojos, una mirada rasurada pero íntima. Le respondí que, aunque quisiéramos mantenerlo, sería imposible contenerlo en un espacio determinado. No cabía en la casa, no lo iba a dejar en el huerto y construir una especie de perímetro resultaría inútil si el animal quería escapar. Además, estaban las voces. Podríamos intentarlo, dijo mi hija. Por favor, insistió. Por alguna razón yo accedí. Así es como llegó el primer hipopótamo.

II

Lo primero que hice, a pesar de mis dudas, fue construir un perímetro con viejos maderos que encontré. La naturaleza se había transformado en una proveedora transparente de regalos imprevistos. Mi hija me ayudó a construir el picadero, una especie de corral indiferente en donde el animal debía vivir. Lo nombró Eric. Pensé en preguntarle por qué llamarle así a un hipopótamo de ese tamaño, pero preferí no hacerlo. Quizá ese nombre estuviese relacionado con alguna memoria distanciada, un recuerdo enamorado o una aspiración contenida. A esa edad, yo supongo, a los jóvenes los seduce el mundo de una forma bárbara y brutal.

Eric comenzó a resultarme familiar. Me levantaba por las mañanas con un café recién hecho e iba al picadero a verlo. Al principio me pareció un ejemplar perfectamente genérico, pero después advertí que tenía unas horribles cicatrices cerca de su boca, en su estómago y justo arriba de su cola. Le comuniqué a mi hija estos descubrimientos. Una de esas heridas parecía hecha por una bala. Mi hija se afanó en

curarlo. Le dije que esas eran cicatrices, que ese dolor ya estaba en el pasado, que Eric estaba bien. Quizá viviera con otros hipopótamos que lo habían mordido en varias ocasiones —tal vez por una hembra, por comida, por territorio— y su dueño les había disparado para separarlos.

Por supuesto, no le dije a mi hija que estos animales no vivían en nuestro país, vaya, ni siquiera en nuestro continente, de eso estaba seguro. ¿Nadaron desde África? Imposible. ¿Siempre existieron y nadie se había dado cuenta? Poco probable. Me pareció una excentricidad tener a ese animal viviendo tan cerca de nosotros, pero poco podía hacer. Mi hija apenas tenía cosas con las que distraerse y Eric le ayudaba a mantener su mente alejada de estas montañas ásperas. Pronto, sin embargo, empezaron los inconvenientes: el animal dejaba unas pilas de mierda cuyo olor no tardó en llegar hasta nuestra cocina. Era tal la pestilencia que mi hija, una tarde, vomitó en su propio plato, colmándolo hasta el borde. Tenemos que hacer algo, le dije. Nos comenzamos a turnar para levantar los excrementos de Eric. No dejábamos que se acumularan más de dos días. Por la mañana lo dejábamos salir y se iba al río. Ahí lo veíamos nadar. Algunas veces veíamos su cabeza asomarse, siniestra, entre el agua. Era todo un espectáculo: parecía una calavera de petróleo, alzaba sus orejas como buscando algo y a veces nos dirigía una mirada que me recorría la espalda y me sumía en un delirio de muerte. Mi hija no atendía mis temores, tampoco mis emociones, y mucho menos la manera en que el hipopótamo se le acercaba con la boca abierta, como si quisiera decirle algo. Yo siempre traía el machete cerca de mí y siempre me acercaba primero al animal. Eric, sin embargo, parecía un hipopótamo afable. Se tumbaba frente a nosotros y así se quedaba durante largo rato.

Yo aprovechaba esta aparente tranquilidad para enseñarle a mi hija técnicas de supervivencia. También le recordaba que si las voces se acercaban demasiado a la casa ella tendría que esconderse en el doble fondo que tenía bajo su cama. ¿Y si llegan las voces y ven a Eric, entonces qué? Yo le dije que el hipopótamo era un animal fuerte que había sobrevivido a mordidas, balazos y escaramuzas. Que por él no se preocupara, que su piel compartía las mismas propiedades que el hierro, el metal o el diamante. Durante estas conversaciones al animal lo agarraba una actividad febril, como si supiera de lo que hablábamos. Se levantaba, agitaba su cuerpo y se iba a comer. Yo siempre creí que los hipopótamos eran herbívoros y Eric no podía ser la excepción. A veces, sin embargo, encontraba restos de carne en su hocico; otras veces, rastros de sangre en su cuerpo. Me pregunté si el comportamiento del animal se vería afectado por estar —ahora estaba seguro— en una tierra extraña. Quizá. Lo cierto es que al mismo tiempo que Eric regresaba manchado de sangre, también se había domesticado, por decirlo de alguna forma. Mi hija llegó a subirse a él en una brida improvisada que le hice.

III

He escuchado las voces más próximas en el tiempo y el espacio. Por alguna razón, la guerra en estas montañas se está intensificando. ¿Cómo es posible, si el Gran Señor ya murió? Quizá estén encontrando a los últimos rebeldes, tal vez lo hacen por pura crueldad. A veces, las voces parecen multiplicarse por millones, en otras ocasiones son una o dos. Las armas que portan son distintas. Algunas suenan con una intermitencia serena, otras, como un golpeteo en la madera, otras más, como un periódico golpeando una pierna. Fue mi hija quien las escuchó por primera vez. Yo estaba soñando que me encontraba junto a mi mujer en una alberca sin fondo. Debajo de nosotros algo se movía. Mi corazón empezaba a latir con más fuerza y metí la cabeza en el agua. Era un tigre que nadaba hacia nosotros con la velocidad de un tiburón. Cuando me alcanzó me desperté gritando. Mi hija estaba a mi lado con una lámpara de gasolina. Están afuera, papá. Al principio no respondí. ¿Quién está afuera, chiquita? Ellos, papá. Las voces. Agucé el oído y las pude escuchar: temblaban en la noche cortando de un tajo la oscuridad. Mis sienes palpitaron con fuerza. Quién está ahí, gritó una. Quién va por ahí, la secundó otra. En ese momento agarré el machete y llevé a mi hija a la parte trasera de la casa. Pensé que era nuestro fin, pero pronto se alejaron cantando una tonada de guerra. Desde ese momento —tres años ha— no duermo bien.

Mi hija, que siempre pensó en todo, trajo de la ciudad unas pastillas para dormir. A veces las tomo, especialmente cuando sé que las voces desaparecen. Sólo así puedo soñar. La primera noche que llegamos dormimos con frío. Me pegué al cuerpo de mi hija, que temblaba como un cascabel. Fue en ese momento cuando me preguntó cuánto tiempo más íbamos a estar así, en estas tierras, con nuestros cuerpos a merced del viento. Yo le dije que era necesario para asegurar nuestra supervivencia. ¿Hiciste cosas malas en la ciudad?, me preguntó. Yo le dije que sí. Desde ese momento no me ha vuelto a preguntar nada, quizá Eric la distraiga de conversaciones como ésta. Yo, por supuesto, le agradezco al animal su presencia. Después de todo, tal vez Eric sea una bendición del cielo. ¿Será el hipopótamo una señal para que regrese a mi antigua vida? Si es así, no sé cómo relacionar su presencia con mi pasado y su estancia con nosotros con mi futuro. ¿Habrá más como él?

Me gusta ver a mi hija montar al animal. Se da unas sacudidas bárbaras que me llevan a pensar que realmente somos libres y que nadie nunca nos encontrará. Eric parece haberse acostumbrado a nuestra presencia. La intimidad que tiene con mi hija no la tiene conmigo, aunque hace un par de días logré acariciarlo. Abrió la boca para enseñarme sus dientes y esa cavidad honda y eterna. Con un zacate le pasé un poco de jabón por todo el cuerpo y le eché agua. Parece que le gustó. Los días transcurrían entre la calma perturbada por las voces y las fantasías zoológicas de mi hija:

que si Eric podría volar, que si Eric podría derrotar ogros como el que soplabla todas las noches, que si Eric podría reaccionar a su nombre. Todo esto, por supuesto, lo intentamos. Era un juego delicioso. Repetí su nombre cien veces al día para ver si el animal reaccionaba a él. No lo hizo. Pensé entonces en Eric como un perro gigante, gordo y peligroso.

No recuerdo exactamente cuándo llegó el segundo. Al igual que la primera vez, fue mi hija quien lo descubrió. Yo me encontraba limpiando los excrementos de Eric —ella se había desentendido de la tarea hacía varias semanas— cuando volvió a gritar. Esta vez, sin embargo, el grito no me sorprendió, pues comprendí que si había un hipopótamo tendría que haber varios más. Llegué a donde estaba mi hija: si Eric era de un color azabache marginal, de reflejos opacos de obsidiana, el ejemplar que tenía frente a mí poseía matices rosados, un hipopótamo casi albino en forma de fresa. Me acerqué lentamente y me acuclillé ante él. Era más pequeño, sus ojos, gelatinosos, sorprendían por su nubosidad verdosa, de tonos glaucos y una tendencia a reflejar brillos esmeraldas. No tardé en llamarlo Jade. Mi hija me preguntó qué era eso. Le dije que era un mineral. Nos acercamos lentamente. Las bestias se olieron entre ellas. Eric dio un paso atrás y comenzó a embestir a Jade. Mi hija comenzó a gritar y nos alejamos lo más que pudimos. Comprendí, en ese instante, que Jade también era macho. Vi sus fauces chocar entre ellas, abrirse a una longitud inimaginable, hacer una especie de gruñido hondo que penetró el aire. Eric alzó a Jade y comenzó a dañarlo, pero el hipopótamo en forma de fresa plantó sus pezuñas en la tierra y ahí se mantuvo. No recuerdo exactamente cuánto tiempo duró el duelo, pero poco a poco las bestias, hartas del contacto, se separaron. Ambos se habían tirado a nuestros pies, exhaustos por la batalla. Yo me acerqué a Eric y mi hija se acercó a Jade. Los acariciamos con ternura y después de un tiempo regresamos a la casa. Fue una noche tranquila.

IV

A la mañana siguiente nos despertamos con la fascinación temporal que encontramos en las cosas nuevas. Admiré a Eric y a Jade como manifestaciones etéreas, ligeras, aladas, y no como los bloques macizos de carne que eran. Se movían uno en torno al otro como en una especie de danza precavida. A veces se aburrían de caminar y se iban al río. Era un deleite ver sus ojos saltones y sus orejas como nueces que salían de la superficie. Fueron días de una paz controlada por un frío que pronto mutó en helada. Tuve que ingeniármelas para conseguir más madera y alimentar el fuego por las noches. Mi hija y yo tuvimos que dormir custodiados por el crepitar

permanente de los materiales y las sombras cambiantes de nuestras siluetas petrificadas por el sueño. En esos días comencé a sentir una inquietud permanente por nuestra supervivencia. Me preocupaban los efectos psicológicos de la soledad en la psique de mi hija.

Eric y Jade contrarrestaban la rutina. A veces bostezaban con el placer propio de lo cotidiano, otras veces retorcían sus cabezas contra el suelo. Eric y Jade, creo, comenzaron a llevarse bien. No pude dejar de preguntarme sobre una posible relación homosexual entre ellos. Los llegué a observar obsesivamente al grado de pedirle a mi hija que fuera ella quien preparara la cena. Pensé, en mi locura, que podría publicar un libro sobre estos hipopótamos perdidos en este país tan extraño.

Nuestros animales —este falso sentido de pertenencia fue extendido por nuestra soledad— no eran los únicos visitantes. Las voces seguían allá afuera, despertando, cada cierto tiempo, verdadera aprensión entre nosotros. Creo que hasta Jade y Eric se dieron cuenta de ello, pues al día siguiente los encontraba huraños, violentos y deprimidos. Había llegado la época más calurosa del año y cada semana escuchaba aquellas voces penetrar la naturaleza y convocar sus rituales. El grado de crueldad llegaba a niveles inusitados. Las mujeres gritaban que no les abrieran la panza, que con los no nacidos ni Dios jugaba. A las voces eso no les importaba. Los hombres decían que los mataran ya, que no podían soportar el viento en su carne desnuda, sin piel. Como siempre, a las voces eso las traía sin cuidado. Ignoro qué fue lo que sucedió por aquellos días, pero nuestro huerto dejó de dar frutos y la naturaleza comenzó a mostrarse avara: cesó la caza, se secaron los vegetales, las aguas se profanaron con restos humanos. Fueron días de desasosiego, en donde mi hija me pedía, a sollozos, que regresáramos a la ciudad. Yo le decía que no podíamos, pues no había recibido el mensaje que, se supone, me enviarían cuando las cosas estuviesen más tranquilas. Pasamos hambre, más de la necesaria. Tuvimos que comer raíces y hasta tierra. Fue una mañana, cuando mi hija apareció enferma, cuando tomé la decisión. Me acerqué a ella, que yacía en su lecho, y la convencí de la necesidad, ahora urgente, de hacerlo. Accedió con lágrimas en los ojos.

V

No fue fácil. Había vigilado sus hábitos de sueño y sus arranques de cólera. Había estudiado minuciosamente la manera en cómo se defendían. Por supuesto, elegí a Jade, el más débil. Creo que fue a mediodía. Lo vi dormitando y, con el machete, le asesté varios golpes. Cuál sería mi sorpresa cuando vi al animal pararse y embestir contra mí. Corrí lo más rápido que pude hacia el huerto. Ahí, Jade se enredó entre

los tablones y el suelo blando y lodoso. Su peso jugó en su contra. Abrió la boca y me volteó a ver. Creo que estaba triste. Procuré matarlo lo más rápido que pude, pero tardé más de diez minutos en hacerlo. Bajaba el machete con fuerza hacia el cuello, pero lo único que hacía era lastimarlo más. En algún momento me detuve. Jade estaba moribundo. Apoyé mi cuerpo sobre un madero y vi a Eric. Me recordó a un toro. Sereno, paralizado, expectante. Creí que embestiría contra mí y que yo no tendría más fuerzas para detenerlo. El animal, sin embargo, movió sus patas delanteras y las echó para atrás. Comenzó a alejarse lentamente. Vi a mi hija a mi lado, diciéndole adiós. Fue ella, de hecho, quien terminó el trabajo. Varios machetazos después el cuerpo de Jade yacía inerte en la tierra blanda, medio enterrado, con sangre brotando por todos lados. Abracé a mi hija lo más que pude. Me dijo que me detuviera, que la estaba sofocando, que si hoy nos íbamos a comer a Jade. Le dije que sí.

Esa noche las voces descubrieron nuestro escondite. Mi niña me indicó que fue por el olor a carne de hipopótamo. Le dije que eso era una posibilidad. Fue ella quien me despertó con un terror tan pronunciado en sus ojos que admití la posibilidad de la muerte. El instinto, sin embargo, fue más rápido que mis ansias mortales. Agarré el machete, a mi hija y un poco de carne de hipopótamo. Atrás de nosotros, las voces soltaban metrallas al aire, nos advirtieron que estuviéramos preparados, que ahora sí se acercaba nuestro fin. No sé cuánto tiempo corrimos en una opacidad pronunciada. Lo cierto es que desde una montaña vimos arder nuestro hogar. También vimos los fogonazos apurados romper el silencio de la noche.

VI

El día de hoy dejaré este diario donde nadie lo encuentre: quizá en una caverna o en las faldas de un cerro sin nombre. He pensado dejarlo tirado en cualquier lugar: en las cercanías de un campo, en el límite de un precipicio, al lado de una telaraña. Decidí aventarlo en unos pastizales, pero me arrepentí al instante y, casi sin darme cuenta, nos encontramos en una vereda espesa y después frente a un lago profundo. Fue ahí donde los encontramos. Esto, como ya lo he dejado en claro, ya lo había imaginado. Había decenas de ellos. También unas cuantas crías. El milagro de la naturaleza en la Tierra no consiste en dar vida sino en expresarla en las formas más inverosímiles. Pienso que esta colonia de hipopótamos será el lecho que hemos estado buscando. Y es que cuando mi hija vio, por el rabillo del ojo, que decenas de esas calaveras de petróleo se asomaban tímidas en la superficie del agua, varios especímenes se nos acercaron. No buscaron embestirnos, tampoco lastimarnos. Abrieron sus fauces improbables como dándonos la bienvenida. Fui feliz.

A lo lejos, sin embargo, divisé a uno que parecía toro. Nos miraba expectante, tal vez comprendiendo nuestras penurias o tal vez extendiéndolas. Intuyo que el momento llegará en donde serán ellos o nosotros las víctimas sacrificadas de este cáliz de la supervivencia. Será, sin duda, un Edén sangrante, pero paraíso, al fin y al cabo. Por supuesto, todavía traigo el machete conmigo.

Eric es el único que lo sabe.



El lobo es mi pastor (2020). Collage digital: Abraham Morales.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

GUILLERMO FAJARDO (1989). Maestro en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Wisconsin-Madison, Estados Unidos. Es candidato a Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Minnesota, Twin-Cities, Estados Unidos. Cuenta con cuatro novelas publicadas y un libro de cuentos de terror. Ha sido incluido en diversas antologías en México y Estados Unidos. En 2016 ganó el segundo lugar en el concurso anual convocado por Editorial De Otro Tipo con su novela *Los discursos presidenciales*. Escribe en el periódico *Excelsior* y en *Suplemento de Libros*.

Recibido: 20 de septiembre de 2019

Aprobado: 6 de julio de 2020